

RELIGACIÓN

R E V I S T A

La materialidad de lo político-estatal en la teoría de Nicos Poulantzas. Condensación, desplazamiento y sobredeterminación

*The Materiality of the Political-State in the Theory of Nicos Poulantzas. Condensation,
Displacement and Overdetermination*

Jacinta Gorriti

Resumen

Nicos Poulantzas define al Estado como “la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clase”. Este artículo profundiza en su perspectiva, vinculándola con el concepto althusseriano de “sobredeterminación”. Se sugiere que Poulantzas adopta implícitamente la matriz conceptual althusseriana para pensar el carácter contradictorio y conflictivo del Estado, al que presenta no como una entidad monolítica e instrumental, sino como un campo estratégico donde las relaciones de poder se anudan y cristalizan desigualmente. Se muestra que Poulantzas concibe al Estado como un aparato de reproducción de las relaciones de dominación y, a la vez, como un espacio en el que es posible la transformación social. Este trabajo destaca la importancia de leer al autor en el marco de la problemática teórica que comparte con Althusser, sin negar sus desacuerdos y diferencias.

Palabras clave: Teoría del Estado; materialismo; sobredeterminación

Jacinta Gorriti

Universidad Nacional de Córdoba | Córdoba | Argentina | jacinta.gorriti@mi.unc.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0001-5161-6444>

<http://doi.org/10.46652/rgn.v9i42.1300>
ISSN 2477-9083
Vol. 9 No. 42 octubre-diciembre, 2024, e2401300
Quito, Ecuador

Enviado: septiembre 15, 2024
Aceptado: noviembre 14, 2024
Publicado: diciembre 28, 2024
Publicación Continua



Abstract

Poulantzas's theory of the state posits it as a material condensation of class power relations. This article examines the theoretical implications of this approach, particularly in relation to Althusser's concept of overdetermination. We argue that Poulantzas implicitly employs overdetermination to understand the state's contradictory and conflictual nature, viewing it not as a monolithic entity but as a strategic field where power relations intersect and crystallize unevenly. While the state serves as an apparatus for reproducing dominant relations, Poulantzas also recognizes it as a space for social transformation. This article highlights the shared theoretical problematic between Poulantzas and Althusserian Marxism, emphasizing the need to read their theories in conjunction rather than opposition.

Keywords: State Theory; Materialism; Overdetermination

Introducción

La teoría poulantziana parece resumirse en una fórmula: el Estado debe ser entendido “como la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clase, tal como se expresa, siempre de forma específica, en el seno del Estado” (Poulantzas, 2005, p. 154). Una definición ampliamente comentada, de la que Poulantzas (2005), ofrece su propia clave de lectura cuando indica que todos los términos son importantes y es necesario detenerse en cada uno de ellos. Poulantzas (2005), afirma que pensar el Estado en términos relacionales permite evitar las discusiones que circulan en torno a dos figuras que establecen una relación de exterioridad entre éste y las clases sociales: las del Estado como Cosa-instrumento o como Sujeto con voluntad propia. Ambas se encuentran tanto en las perspectivas marxistas como en las no marxistas que plantean, según el autor, la misma respuesta a la pregunta por las relaciones entre Estado, poder y clases sociales: habría, primero, un Estado (que es entendido de diversas maneras) con el que las clases entrarían, luego, en relación.

Así, o bien el Estado (Cosa) sería controlado completa y unilateralmente por las clases dominantes a través de presiones, alianzas e influencias, o bien el Estado (Sujeto) sometería estas clases a la lógica de su sistema. Para Poulantzas (2005), en cambio, el Estado “no es y no puede ser nunca”, como plantean estas concepciones, “un bloque monolítico sin fisuras” (p. 159). El Estado no solo está atravesado en su funcionamiento por contradicciones: éstas lo constituyen, lo dividen internamente, y configuran la política estatal. Sin embargo, la unidad del Estado no se disuelve en una multiplicidad “pluralista” de centros de decisión, correspondientes a diferentes grupos de poder, entre los cuales se produciría un equilibrio inmediato (Poulantzas, 1970). Porque el Estado no es un árbitro neutral de los conflictos sociales, sino una instancia que presenta una unidad contradictoria de clase.

Poulantzas sostiene que solo es posible salir del círculo de aquellos debates sobre el Estado si se indaga en su materialidad irreductible a la dominación política. Es decir, si se entiende que no todo en el Estado se reduce a la dominación de clase, aunque todas sus acciones estén “constitutivamente marcadas” por ella (Poulantzas, 2005, p. 9). Igual que el capital, el Estado es pensado aquí como una relación social. Ahora bien, la materialidad de esta relación no se agota en un vínculo simple, ni en el ejercicio de un poder. De acuerdo con el autor, el Estado “presenta una opacidad y

resistencia propias” (Poulantzas, 2005, p. 157), por lo que un cambio en la relación de fuerzas entre las clases no se traduce inmediatamente en sus aparatos, sino que se adapta a su materialidad: se cristaliza bajo una forma refractada y diferencial en cada aparato, rama e institución.

No obstante, uno de los elementos más significativos de esta definición, que permite considerar el problema de la unidad contradictoria del Estado, pocas veces es objeto de investigación teórica. Se trata del concepto de condensación, que permite pensar al Estado “como un campo y un proceso estratégicos donde se entrelazan nudos y redes de poder que se articulan y presentan –a la vez– contradicciones y desfases entre sí” (Poulantzas, 2005, p. 163). Este artículo tiene como objetivo mostrar que en la teoría poulantziana la condensación político-estatal está vinculada con un modo de entender el “todo social complejo” que se inscribe en la problemática materialista planteada por Althusser y tiene en la lógica de la sobredeterminación una matriz de inteligibilidad de los procesos históricos concretos.

Como se verá, los análisis de Poulantzas sobre el Estado presuponen una tópica social donde las “superestructuras” tienen una materialidad específica y una eficacia propia. También, una idea de “temporal diferencial” (Althusser, 2006b) que permite captar el anudamiento de distintas luchas, con sus propias intensidades y ritmos desfasados, en la coyuntura. Estos elementos, inherentes a la concepción poulantziana del Estado y el poder político, encuentran en la sobredeterminación una racionalidad sistemática o el modelo de la dialéctica compleja que el autor pone en acto en sus trabajos (Gorriti, 2024).

El artículo se organiza en tres apartados. El primero introduce la sobredeterminación: un concepto que Althusser toma de Freud para especificar la lógica causal que define la dialéctica marxista. El segundo sugiere que el principio relacional que caracteriza a la teoría poulantziana es inescindible del modo de concebir la estructura social en su unidad desigual y contradictoria que formula la problemática althusseriana. El tercero plantea que esta racionalidad compleja le permite afirmar a Poulantzas que el Estado no es solo un lugar de reproducción del orden social dominante, sino también el punto nodal de su transformación. Ahora bien, antes de pasar a esto son necesarias una serie de consideraciones sobre la lectura propuesta de Poulantzas.

La teoría de Poulantzas leída desde su problemática

A diferencia de las lecturas más difundidas de la teoría de Poulantzas, que separan su fase “relacional” de su momento “estructuralista” y ponen el acento en las críticas que el autor dirige a Althusser (Jessop, 1985; Barrow, 2016; Khachaturian, 2021), en investigaciones anteriores (Gorriti/a, 2020; Gorriti, 2024) se remarcó que ambos integran una problemática teórica común, a pesar de sus desacuerdos, disputas y diferencias. Esto permitió leer a Poulantzas a partir del entramado de conceptos, preguntas y dimensiones de análisis que sus textos enlazan, más que desde una mirada historiográfica. Se sugirió que en sus escritos de los años setenta se produce un cambio de lenguaje, pero no de problemática teórica; y que este cambio está ligado a una inquietud por la materialidad propia de las superestructuras que, en varios aspectos, se acerca a las tesis althusse-

rianas. En este sentido, se advirtió que la sobredeterminación forma parte de la lógica conceptual que organiza la teoría poulantziana (Gorriti, 2024). Por eso, su uso no puede ser evaluado solamente en un nivel discursivo: si el autor menciona o no el término.

Este enfoque no solo desplaza ciertos supuestos incuestionados que circulan respecto de la teoría poulantziana, sino que revela que ésta pierde densidad conceptual cuando se la escinde de la problemática abierta por Althusser. Porque esa operación la separa también del conjunto de reflexiones teóricas, ontológicas, epistemológicas y políticas que la nutren. En efecto, una problemática no es simplemente un “marco teórico”. Es una matriz de preguntas o un modo de interrogar un objeto (Althusser, 2006b). No se trata de un conjunto cerrado de proposiciones, sino de la “estructura sistemática típica que unifica todos los elementos de un pensamiento” (Althusser, 2004a, p. 53) al darles un lugar y una función en el entramado complejo que componen. Una problemática no puede ser leída “a libro abierto”; es necesario extraerla de la opacidad en que se pone en acto (Althusser, 2006a). Es decir, del ensamblaje no totalizante de elementos (o la *Gliederung*) en que existe (Romé, 2014).

Este ejercicio no pretende “hacerle decir” al autor algo que efectivamente no dice, sino que intenta mostrar que en sus propias formulaciones hay articulaciones conceptuales que no despliega, pero que son cruciales para captar la originalidad de su propuesta. Justamente, en esto consiste el círculo abierto de una problemática teórica (Althusser, 2006a): un trabajo productivo que parte del modo en que una teoría formula un problema específico para excederlo. De esta manera, se entiende por qué el encuentro de Poulantzas con Althusser no es un vínculo teórico más ni supone una relación unilateral (Inda, 2021), donde el primero se limita a adoptar pasivamente las tesis del segundo. Ambos comparten un programa común inscrito en la escena francesa de pensamiento de mediados del siglo XX. Un programa sin “fundador” ni “disidentes” (Balibar, 2007), cuya unidad es inseparable de las tensiones que lo constituyen.

El Estado en la tónica social compleja

Sobredeterminación, condensación y desplazamiento

El concepto de sobredeterminación es el punto de anclaje de la intervención althusseriana en la problemática materialista porque permite integrar en una misma racionalidad dos tesis, aparentemente opuestas: la determinación económica en última instancia y la lógica relacional de la inmanencia (Romé, 2020). Althusser busca en esta fórmula psicoanalítica la clave para concebir “una tónica descentrada y una temporalidad compleja” (Romé, 2015, p. 88), indispensables para resolver el problema de la causalidad estructural que abre la teoría marxista de la historia. Esta transferencia conceptual se presenta como necesaria o, en otros términos, como una intervención que es requerida por el propio objeto. Para Althusser, la pertinencia de esta operación se justifica en la medida que existe cierta analogía en los modos en que Marx y Freud interrogan sus objetos.

Según Althusser (1996), tanto Marx como Freud cuestionan la identificación entre conciencia y unidad propia de la tradición filosófica burguesa. Marx opone al “mito ideológico” del homo

economicus como sujeto consciente de sus necesidades, una explicación de los procesos económicos e históricos no por la conciencia de sí de los individuos, sino por las relaciones estructurales en que existen como soportes de funciones (Althusser, 1996). Freud, por su parte, analiza los fenómenos psíquicos como un complejo de instancias gobernadas por la represión inconsciente, no como una unidad centralizada en el Yo. Ambos estructuran sus objetos en función de una distribución topológica, donde los lugares que las instancias ocupan en el conjunto señalan una eficacia diferencial.

En la lectura althusseriana Freud produce, entonces, un movimiento análogo al de Marx cuando estructura el aparato psíquico sobre las relaciones inconscientes entre las distintas instancias. A diferencia de las teorías psicológicas anteriores, para el psicoanálisis el Yo no es un principio que pueda explicar las prácticas del sujeto, que se encuentra siempre-ya fragmentado o dividido. Son las relaciones conflictivas y descentradas entre el conjunto de estas instancias psíquicas las que se manifiestan sintomáticamente en el sujeto. Del mismo modo que, en la teoría marxista, la lucha de clases no preexiste a los aparatos e instancias de una formación social dada, sino que aparece sintomáticamente en ellos, fracturando la totalidad.

En particular, tres aspectos del tratamiento freudiano del pensar inconsciente se integran en la problemática althusseriana: la idea de un proceso descentrado, que produce formaciones; una estructura caracterizada por una suerte de desproporción o desajuste, contrapuesta a la noción de representación transparente e inmediata; y el presupuesto de una omisión que opera por exceso, no por carencia (Romé, 2015). De estos elementos se sirve Althusser para elaborar aquella unidad contradictoria y conflictual que define a la dialéctica materialista. En efecto, Freud introduce en La interpretación de los sueños el concepto de sobredeterminación para advertir acerca del desfase que existe entre el contenido de los sueños y los pensamientos oníricos. Los sueños no expresan punto por punto, como una copia fiel, estos pensamientos, sino que parecen efecto de un trabajo de condensación del material psíquico (Freud, 1991, p. 287), en virtud del cual se produce una selección de ciertos elementos para integrar su contenido.

La vía asociativa que ensaya Freud muestra que cada uno de estos elementos conduce a diversas ilaciones de pensamiento: es un punto nodal en el que confluyen varios hilos, a la vez que cada pensamiento onírico conduce a diferentes elementos del sueño. Entre ambos existe un entrelazamiento complejo de relaciones recíprocas al que Freud denomina sobredeterminación. Uno de los aspectos más significativos que destaca del proceso de formación onírica es la falta de contradicción o el hecho de que en el sueño se compongan en una unidad elementos opuestos (Freud, 1991). En sus palabras, tiene una “notable predilección por componer los opuestos en una unidad o figurarlos en idéntico elemento” (Freud, 1991, p. 324). Algo parecido a lo que ocurre, según Althusser (2004b), en la coyuntura donde se fusionan o acumulan contradicciones irreductibles a un único punto de origen.

Los mecanismos básicos que Freud identifica en la configuración del sueño son: el desplazamiento y la condensación. El primero, concierne a la redistribución de las valencias de los elementos a través de un movimiento de transferencia de sus intensidades psíquicas. Mientras que los de mayor valor psíquico son minimizados, los de valor ínfimo adquieren otra valoración. El segundo, actúa por “la elección de elementos que están presentes de manera múltiple en los pensamientos oníricos, la formación de nuevas unidades (personas de acumulación o productos mixtos), y la producción de elementos comunes intermediarios” (Freud, 1991, p. 302). Estos dos mecanismos muestran que el sueño está “diversamente centrado y que su contenido se ordena en torno a un centro constituido por otros elementos que los pensamientos oníricos” (Freud, 1991, p. 311). En tanto formación descentrada, sobredeterminada y heterogénea, el sueño resulta en la teoría freudiana un indicio de la fragmentación constitutiva del sujeto.

Althusser (2004c), acude a estos conceptos del psicoanálisis para dar cuenta de la materialidad concreta de la historia, donde los modos de producción nunca se presentan “puros”. O, en sus propios términos,

para dar cuenta de una realidad donde reina la identidad de los contrarios, es decir: 1) el paso, en condiciones determinadas, de un contrario al lugar de otro, el cambio de papeles entre las contradicciones y sus aspectos (llamaremos a este fenómeno de sustitución desplazamiento); 2) la “identidad” de los contrarios en una unidad real (llamaremos a este fenómeno de “fusión” condensación). (Althusser, 2004c, p. 175)

Lector de Lenin y Mao, Althusser sugiere que la existencia histórica de una formación social no puede ser reconducida a una situación unívoca, en virtud de la cual cada contradicción tendría un lugar, un papel y un sentido preestablecidos; pero que tampoco se trataría de una situación equívoca, efecto de una pluralidad empírica de azares. La sobredeterminación nombra, en cambio, una duplicidad inherente a la estructura social: la relación que se establece entre la situación “de derecho” de cada contradicción (la que ocupa en la jerarquía de instancias de la tópica) y su situación “de hecho” (si en la etapa considerada tiene una posición dominante o subordinada), “es decir, la relación misma que hace de esta situación de hecho una ‘variación’ de la estructura, dominante, ‘invariante’ de la totalidad (Althusser, 2004c, p. 173).

En la teoría marxista, la lógica de la sobredeterminación implica asumir que en el todo social existen reestructuraciones constantes, que tienen una base material específica: el juego de las instancias articuladas según relaciones de dominancia. Y que estas variaciones constituyen, paradójicamente, la forma concreta de existencia de aquella estructura “invariante”. Toda la obra de Lenin es, para Althusser (2004c), un testimonio de este principio: que la determinación económica en última instancia se ejerce necesariamente –no por razones contingentes– a través de condensaciones, permutaciones y desplazamientos. Una tesis que, a su vez, permite sostener las otras dos proposiciones elementales del marxismo: que la lucha de clases es el “motor de la historia” y que a través de la lucha política de clases es posible “desmembrar la unidad existente” (Althusser, 2004c, p. 179).

De esta manera, considerar los procesos históricos en su sobredeterminación no consiste meramente en sumar diversas variables para analizar un fenómeno: una operación que caracteriza a los abordajes empiristas. Porque la sobredeterminación:

... no es una simple forma de evidenciar la multicausalidad, ni la pluralidad, así como tampoco se trata de una idea que dé cuenta de algún tipo de cadena causal o de una determinación a partir de la superposición de distintas influencias. (Daín, 2011, p. 181)

Por el contrario, se trata de entender el modo en que se articulan en una unidad específica un conjunto de determinaciones eficaces. La sobredeterminación expone un orden relacional en el que la capacidad de cada práctica para afectar a las demás se define por la eficacia de las otras. Para captar de qué se trata conviene deslindarla no solo de la determinación lineal e inmutable, sino de otros términos cercanos que varían en el prefijo: la autodeterminación de esferas preconstituidas que se vinculan externamente entre sí; la multideterminación cuantitativa; y la indeterminación que remite a una pureza incontaminada o a la dispersión absoluta (Farrán, 2014).

Por eso, no es casual que Althusser entienda la operatividad del concepto de sobredeterminación simultáneamente en dos campos: el teórico y el político (Romé, 2015), como una racionalidad inherente a la producción teórica y la práctica política materialistas. En la problemática althusseriana la sobredeterminación aparece como una matriz o grilla de inteligibilidad que no solo trata de “hacer pensable la historia, sino de asir el compromiso de pensar en lo concreto y singular histórico”, sin abonar por ello un tipo de historización relativista (Romé, 2015, p. 107).

El Estado como condensación material

Como se dijo, uno de los puntos más significativos del encuentro entre Marx y Freud en los que Althusser (1996), se detiene es la crítica de la identificación entre unidad y conciencia que atraviesa la filosofía moderna. El “tema recurrente” que observa en ambos es el de una tópica descentrada: “un tema sin centro, en el que las diversas instancias no tienen más unidad que la unidad de su funcionamiento conflictivo” (Althusser, 1996, p. 208). Poulantzas parece traducir al campo estatal esta operación que coloca a una dinámica conflictiva, sin origen ni fines preestablecidos, como la matriz de inteligibilidad de todo proceso político. Al igual que su presupuesto teórico: la idea de “una causalidad por las relaciones y no por los elementos” (Althusser, 1996, p. 205).

Esto se advierte, por caso, en su modo de pensar la política estatal no como un proyecto coherente y totalizante impulsado por las clases dominantes, sino como resultado de un conjunto de prácticas anudadas. Para Poulantzas (1976), el Estado no tiene un centro: su unidad no se establece por la simple voluntad de las clases o fracciones dominantes, como si éstas lo controlaran unilateralmente; pero tampoco, por su “influencia física” sobre unos aparatos instrumentalmente unificados. Por el contrario, esta unidad surge:

...de manera compleja y por toda una cadena de subdeterminaciones, reducción de circuitos y duplicación de determinados aparatos por otros; por desplazamientos de “funciones” entre aparatos y desajustes entre poder real y poder formal; por deslizamientos respectivos de aparatos del campo de los aparatos ideológicos al campo del aparato represivo y viceversa; finalmente, por delimitaciones importantes en el seno mismo de cada aparato. (Poulantzas, 1976, p. 154)

No es difícil notar que en esta definición de la unidad del poder del Estado aparece la lógica de la sobredeterminación que Althusser conceptualiza, con sus desplazamientos, desajustes y deslizamientos. Porque, en la teoría poulantziana, se trata también de considerar al Estado como una unidad compleja en la que cada uno de sus aparatos está constituido por el “desgarramiento conflictivo” de la lucha de clases (Althusser, 1996). Así como en la comprensión marxista del todo no hay una instancia central que ordene verticalmente el conjunto, sino una función de dominación que varía y es afectada en su propia configuración por las condiciones en que se ejerce; en la perspectiva de Poulantzas no existe un único aparato que, como un núcleo esencial, organice sin mediaciones a los demás. Las estructuras estatales no resultan bloques inmovibles, sino la condensación específica de relaciones de poder que exceden su inscripción institucional.

En la teoría poulantziana el Estado se presenta como un campo desbordado de poderes. “Las relaciones de poder, como sucede con la división social del trabajo y la lucha de clases, desbordan con mucho al Estado” (Poulantzas, 2005, p. 37). Lo que no significa que sean realmente exteriores a él. Poulantzas (2005), entiende que el Estado no solo concentra el poder que tiene como fundamento a las relaciones de clase, sino que se apropia de otros dispositivos que materializan distintas relaciones de poder. En los aparatos de Estado se produce un trabajo de condensación, en el sentido freudiano, que filtra los elementos que van a integrar su política. Poulantzas (2005), lo entiende como un mecanismo de “selectividad estructural” vinculado con la historia y la configuración de las relaciones de fuerza específicas de cada aparato, así como con las decisiones, no decisiones, prioridades y contraprioridades inscritas en su estructura contradictoria. La política estatal, por lo tanto, no es el reflejo punto por punto de tal o cual interés de clase sino una instancia de elaboración constitutiva de éstos. Se establece por un proceso complejo que hace del Estado el lugar donde se organiza el bloque el poder.

En relación con esto, Cortés y Tzeiman diferencian los conceptos de reflejo y refracción para pensar este “fenómeno de traducción no transparente hacia la esfera estatal” que presenta Poulantzas en su último libro (2017, p. 204). Mientras que el primero remite a la idea de una representación transparente y directa, el segundo apunta a una adaptación o reconfiguración de las fuerzas sociales que participan en el terreno estatal (Cortés y Tzeiman, 2017). En términos poulantzianos, un cambio en el balance de fuerzas no se traduce de manera inmediata en los aparatos estatales, sino que “se adapta a la materialidad de sus diversos aparatos y solo se cristaliza en el Estado bajo una forma refractada y diferencial” (Poulantzas, 2005, p. 157). Esa física estatal, que parte de la materialidad específica de los aparatos, procedimientos y dispositivos del Estado, señala que éstos no son simplemente el telón de fondo de la práctica política. Se trata de espacios de conformación y disposición activa de las fuerzas en juego.

Captar la complejidad del Estado supone, para Poulantzas, prestar atención a las dislocaciones y contradicciones en medio de las que se trama la lucha política. La estructura centralizada y verticalista del Estado no debería ocultar los desfases que existen no solo entre diversos aparatos e instituciones, sino dentro de cada uno de ellos, donde no necesariamente coinciden el poder formal –de la escena pública– y el poder real o fáctico (Poulantzas, 2005). La arquitectura institucional del Estado, en su jerarquía formal, no siempre traduce las dominancias locales que se producen en su campo. En este sentido, un aparato puede ser dominante en un momento dado, y no en otro; una organización de las clases populares puede controlar los “vértices” de tal o cual aparato, pero no los nudos del poder real que pueden trasladarse a otras instituciones (Poulantzas, 2005).

Poulantzas explica que esta conflictividad inherente a la materialidad estatal no lo convierte en un conjunto de piezas sueltas. Si el Estado no tiene una estructura piramidal, cuyo vértice bastaría ocupar para controlarlo enteramente, no por ello se desintegra su unidad contradictoria. En la teoría poulantziana, la unidad del Estado es el resultado de las relaciones de fuerza entre clases y fracciones, a la vez que un principio que afecta el despliegue estratégico de estas relaciones. Es una condición condicionada o una unidad sobredeterminada. Las relaciones de fuerza en el bloque en el poder, que el Estado tiene por función organizar,

...existen, pues, como relaciones contradictorias anudadas en el seno del Estado. El Estado, condensación material de una relación contradictoria, no organiza la unidad política del bloque en el poder desde el exterior, resolviendo con su simple existencia y a distancia las contradicciones de clase. Muy al contrario, es el juego de estas contradicciones en la materialidad del Estado el que hace posible, por paradójico que pueda parecer, el papel de organización del Estado. (Poulantzas, 2005, p. 160)

Como señala Poulantzas, una clase o fracción se vuelve hegemónica a través de operaciones institucionales que logran que ciertos centros, dispositivos y “nudos dominantes” sean permeables sólo a sus intereses. Pero esta hegemonía únicamente es posible sobre una materialidad estatal que la precede y en la que se inscribe. Aquí la causalidad se mueve en dos direcciones:

...no solo la clase o fracción hegemónica instaaura en aparato dominante a aquel que cristaliza ya, por excelencia, sus intereses, sino que todo aparato dominante del Estado [...] tiende, a largo plazo, a ser la sede privilegiada de los intereses de la fracción hegemónica” (Poulantzas, 2005, p. 165).

Los aparatos del Estado no son, entonces, apéndices de la dominación de clase, sino puntos nodales de las relaciones de poder entre las clases dominantes y dominadas. Es decir, focos donde convergen –sin reunirse en una síntesis armoniosa– múltiples prácticas sociales desfasadas entre sí. Por eso, en la teoría poulantziana la lucha de clases tiene primacía sobre los aparatos que condensan aquellas relaciones.

Esta comprensión del Estado como la condensación material de una relación de fuerzas –que no es sino la lucha de clases: relación de relaciones– supone un tipo de temporalidad compleja en la que la dominación de clase aparece solo a través de múltiples mediaciones; no puede leerse más

que sintomática y retroactivamente en sus efectos singulares. Esta temporalidad es una historia no cronológica configurada casi como el tiempo del inconsciente: por discontinuidades, repeticiones, fijaciones, saltos y cortes que son resignificados e incluso reactivados en función de las fuerzas sociales que se disputan su terreno. En la teoría poulantziana, la dominación política de clase, que constituye la materialidad del Estado, se piensa como una recurrencia histórica, más que como una realidad monolítica o fija. En el campo estatal, al igual que en el inconsciente, nada desaparece por completo: a lo sumo, se desplaza a otra posición o se compone con otros elementos.

De esta manera, si es posible hablar de una “naturaleza de clase” del Estado, esto se debe a la contingencia histórica de la dominación burguesa bajo el modo de producción capitalista y su condensación en los aparatos estatales (Romero y Sosa, 2017). Para Poulantzas, sería erróneo concluir que “la presencia de las clases populares en el Estado significa que tienen allí poder, o que podrían llegar a tenerlo a la larga, sin que haya habido transformación radical de ese Estado” (2005, p. 172). Sin embargo, sería también desacertado no ver en esa materialidad estatal la inscripción de las luchas y resistencias populares que limitan a aquella dominación. En la teoría poulantziana, los límites al poder político son inmanentes a sus propios mecanismos de funcionamiento. Puesto que la lucha política tiene primacía sobre los aparatos e instituciones en que interviene.

En las palabras de Poulantzas, “no todas las acciones del Estado se reducen a la dominación política, pero todas están constitutivamente marcadas por esa dominación” (2005, p. 9). Al razonar en términos de “nudos” de poder, en los que se entrelazan relaciones de clase, Poulantzas sugiere que el ejercicio del poder político en el Estado es estructuralmente fallido e incompleto. Como campo estratégico, está perforado por “tácticas cambiantes y contradictorias [...] que se entrecruzan, luchan entre sí, encuentran puntos de impacto en ciertos aparatos, son cortocircuitadas por otras y perfilan finalmente lo que se llama ‘la política’ del Estado, línea general de fuerza que atraviesa los enfrentamientos” (Poulantzas, 2005, p. 164). Por lo que es en sus intersticios donde se pueden tramar otras lógicas, al reforzar y reconducir los puntos de resistencia difusos que las masas disponen en las redes estatales, creando al mismo tiempo otros nuevos (Poulantzas, 2005).

En estas consideraciones políticas aparece una de las disputas más significativas entre Poulantzas y Althusser, en la medida que este último concibe al Estado como una “máquina” o un instrumento “separado” de la lucha de clases.

Con total seguridad el Estado está separado de la lucha de clases, porque está hecho para eso, y por eso es un instrumento. ¿Imagináis un instrumento, utilizado por la clase dominante, que no estuviera separado de la lucha de clases? ¡Correría el riesgo de estallarles entre las manos a la primera ocasión! [...] Si los grandes aparatos del Estado debieran estar a merced de los “atravesamientos” del Estado por la lucha de clases burguesa, podría perfectamente significar el final de la dominación burguesa. (Althusser, 2003, p. 90)

Aquella perspectiva le permite, entonces, a Poulantzas releer el sintagma marxista clásico que llama a “tomar el Estado”. Conquistar o tomar el poder del Estado no significa, para el au-

tor, apropiarse pieza a pieza de la maquinaria estatal, sino “desarrollar una lucha de masas tal que modifique la relación de fuerzas internas en los aparatos del Estado”, es decir, que trastoque radicalmente “los centros efectivos del poder real” (Poulantzas, 2005, p. 316). Ahora bien, desde la perspectiva poulantziana no se trata de optar por una “lucha interna” a los aparatos del Estado que se ubique físicamente en su espacio, frente a una “lucha externa”, situada a distancia de éstos (Poulantzas, 2005). Dado que el poder no reside en un espacio físico, cuyos contornos coinciden exactamente con los límites institucionales, no tiene sentido sostener esta dicotomía entre una lucha interna o externa a sus dispositivos.

En cambio, el dilema político de fondo que enfrenta, para Poulantzas, todo intento de transformación radical del Estado capitalista es cómo articular “la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y las libertades [...] con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios” (2005, p. 313-314). La vía de escape que el autor encuentra a la opción de mantener las condiciones existentes o bien producir modificaciones secundarias en el Estado, es esta combinación en la que se ponen en juego lógicas, temporalidades y prácticas completamente distintas, contradictorias e irreducibles. Precisamente, el concepto de condensación adquiere relevancia en esta trama compleja, al mostrar que el Estado es simultáneamente un espacio de reproducción y transformación social. Definir al Estado por el trabajo de condensación que se produce en su campo estratégico implica asumir que el efecto de dominación no es unilateral, en tanto depende de las luchas que se inscriben en distintos puntos del conjunto social, ni tampoco la única modalidad de ejercicio del poder.

El Estado en la reproducción/transformación social

Estas reflexiones estratégicas de Poulantzas, que conciernen a la posibilidad de una vía democrática al socialismo, involucran un modo de entender la estructura social en su “nodalidad contradictoria” (Pêcheux, 2015). En efecto, la idea de que en el Estado se produce una condensación de las contradicciones de clase; que su campo no es el espacio exclusivo de las clases dominantes, sino que se encuentran allí bajo modalidades específicas las luchas de las clases dominadas, tiene como presupuesto teórico una representación de la realidad social que distingue instancias y eficacias, en una topología compleja.

Por eso, el análisis de Poulantzas (2005), de la materialidad propia del Estado parte de una revisión de “la imagen constructivista de la ‘base’ y la ‘superestructura’ [...] que a la larga se ha revelado desastrosa en más de un aspecto” (p. 11). Al igual que Althusser en “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, Poulantzas (2005), reconoce el valor descriptivo de esta tópica social que muestra el papel determinante de lo económico, pero aclara que no la utiliza en su teorización del Estado porque no permite analizar las relaciones entre lo político, lo económico y lo ideológico más que desde una relación de exterioridad. Es decir, como si cada uno de ellos fuera un espacio inmutable dotado de límites intrínsecos, trazados de una vez y para siempre, que no varían de un modo de producción a otro ni de una etapa del capitalismo a otra.

Un ejemplo de esto aparece en la idea, heredera de cierta tradición marxista, de que la eficacia del Estado en la economía consiste en sus intervenciones dirigidas al mantenimiento y la reproducción de las “condiciones externas” de la producción (Poulantzas, 2005). Desde esta perspectiva, la economía resulta un nivel hermético, de contornos fijos, con los que el Estado solo se puede vincular desde fuera, sin que sus acciones modifiquen en nada la naturaleza de este espacio.

Cierto es que el lugar del Estado en relación con la economía no sólo se modifica en el curso de los diversos modos de producción, sino también según los estadios y las fases del propio capitalismo. Pero estas modificaciones no pueden, en modo alguno y en ningún caso, inscribirse en una figura topológica de exterioridad, en la que el Estado, instancia siempre exterior a la economía, unas veces intervendría en el espacio económico y otras se mantendría en el exterior y no actuaría más que en su periferia. (Poulantzas, 2005, p. 12-13)

Poulantzas (2005), no entiende a las relaciones de producción como una base primigenia, sobre la que el Estado interviene a posteriori. El papel determinante de la economía no se explica por una causalidad cronológica o un principio de génesis, de acuerdo con el cual las relaciones de producción anteceden y fundan a las demás relaciones sociales. A esta “metafísica de los orígenes”, Poulantzas (2005), opone la temporalidad diferencial de la historia. Considera a las instancias que aquella tópica distingue como los lugares de emplazamiento de los poderes de clase enraizados en la división social del trabajo, que se desarrollan según historicidades propias. Desde esta problemática, lo económico no es un nivel hermético y autorreproducible, sino un campo de poder que está orgánicamente articulado con los demás. Dicho de otra manera, es inescindible de las relaciones políticas e ideológicas.

La “presencia-acción” del Estado en las relaciones económicas es, entonces, constitutiva de éstas (Poulantzas, 2005). No se trata del fruto del poder de las clases dominantes porque, para Poulantzas, no es pensable teóricamente una historia de la lucha de clases sin Estado.

Donde hay clases y, por tanto, lucha y poder de clase, el Estado, el Poder político institucionalizado, está ya presente. No hay, en este aspecto, lucha y poder de clases antes del Estado o sin un Estado [...]. El Estado abaliza ya el campo de las luchas, incluido el de las relaciones de producción, organiza el mercado y las relaciones de propiedad, instituye la dominación política e instaura la clase política dominante, señala y codifica todas las formas de la división social del trabajo, toda la realidad social en el marco referencial de una sociedad dividida en clases. (Poulantzas, 2005, p. 40)

La irreductibilidad de lo político-estatal requiere una comprensión compleja de la causalidad en la estructura social. Poulantzas (2005), explica que es el modo de producción, entendido como la unidad del conjunto de determinaciones económicas, políticas e ideológicas, el que “asigna a estos espacios sus fronteras, delimita su campo, define sus respectivos elementos: el establecimiento de su relación y articulación es lo que los constituye, en primer lugar” (p. 13). Esta unidad sobredeterminada del modo de producción es la que constituye el principio de inteligibilidad del proceso social, en sus aspectos reproductivos y transformadores. De esta manera, se entiende por

qué las referencias nodales insisten sintomáticamente en la teoría poulantziana: el nudo de relaciones de poder condensadas en el Estado remite a ese anudamiento complejo de lo social. Lo que no significa que el Estado sea un apéndice de lo social en tanto principio instituyente ni que sea, al revés, el fundamento originario de toda relación social (Poulantzas, 2005).

Un indicio de esto aparece en su definición temprana de la política como la práctica que tiene por objeto a la coyuntura, entendida como “el punto nodal en que se condensan las contradicciones de los diversos niveles de una formación social en las relaciones complejas regidas por la sobredeterminación, por sus diferencias de etapas y su desarrollo desigual” (Poulantzas, 1970, p. 39). Así, la política opera en el entrelazamiento complejo de los procesos no solo estrictamente políticos, sino también económicos, ideológicos, teóricos, etc. Si su materia prima es la coyuntura, su blanco estratégico no es otro que el Estado: el “factor de cohesión social”, donde se condensa la unidad compleja de aquellas contradicciones (Poulantzas, 1970).

Esta función general del Estado no debe ser entendida como una imposición exterior de orden al conjunto social. Poulantzas (1970) explica que ésta surge de su relación con la lucha de clases, pues “el Estado se manifiesta también como el lugar que permite descifrar la unidad y articulación de las estructuras de una formación” (Poulantzas, 1970, p. 44). Por lo tanto, al actuar sobre el Estado la práctica política puede tender a la conservación de esta unidad o a su transformación. En las palabras de Poulantzas (1970):

o bien la práctica política tiene como resultado la conservación de la unidad de una formación [...]; o bien la práctica política produce transformaciones cuando tiene por objetivo el Estado como estructura nodal de ruptura de la unidad, en la medida en que es el factor de su cohesión. (Poulantzas, 1970, p. 44)

El Estado aparece, en este punto, a la vez como una estructura entre otras en el todo social y como el lugar de sus transformaciones posibles. Una dimensión que excede su modalidad conservadora de la unidad articulada compleja. Acerca de esto Pallotta (2016), se pregunta si una teoría que caracteriza al Estado por su función de cohesión de instancias desiguales y contradictorias no es, ante todo, “una teoría de la transición revolucionaria”. Si el Estado puede servir para conservar la unidad de una formación social, desde el razonamiento poulantziano puede servir igualmente para “desmembrar” esta unidad y reconstruirla sobre nuevas bases (Pallotta, 2016). Esto es, para operar la transición de un modo de producción a otro. En este sentido, Pallotta (2016), advierte que de esta definición se sigue, paradójicamente, la idea de que el Estado es un “instrumento neutral” que puede ser usado ya sea para garantizar la dominación o para abolirla.

No obstante, más allá de su esquematismo, se puede hacer otra lectura de la fórmula poulantziana. Si se pone el acento, como hace el propio autor, en el axioma del primado de la lucha de clases, el desplazamiento desde la función conservadora a la posible función revolucionaria del Estado no debería sorprender. Porque, como muestra Pêcheux (2015),

ubicarse “en el punto de vista de la reproducción” bajo el primado de la lucha de clases es necesariamente ubicarse, al mismo tiempo, en el punto de vista de lo que se opone a esta reproducción, y de la tendencia revolucionaria a la transformación de las relaciones de producción. [...] sin que sea posible localizar a priori de un lado lo que contribuye a la reproducción de las relaciones de producción, y del otro lo que hace a su transformación. (p. 3)

Así, se puede decir que en la teoría poulantziana cada aparato del Estado es un espacio donde se anudan las tendencias contradictorias de conservación, ruptura y modificación de las relaciones sociales –que no son sino relaciones de poder. La materialidad del Estado, que opone una “fuerza de inercia” (Poulantzas, 2005), a la tentativa de modificar o romper sus procedimientos dominantes, no solo impide que el Estado sea conducido instrumental o voluntariamente en una dirección o en otra, sino que hace que en ciertos puntos se vuelvan indiscernibles la reproducción de la transformación social. No porque sean equivalentes o indistintas, sino en la medida que se solicitan mutuamente: no hay una sin la otra.

Por eso, Poulantzas (2005), afirma que no es factible una transformación del Estado que implique su destrucción en bloque a través de una lucha frontal. Por un lado, porque las clases dominadas no existen en un terreno “puro” e incontaminado por las lógicas estatales: participan del balance de fuerzas que constituye al Estado y sus luchas se inscriben en los diversos dispositivos de poder, aun si se encuentran fuera del espacio físico de sus instituciones. Por otro lado, porque incluso si operan en el marco de las lógicas y procedimientos dominantes, aquellas prácticas de clase no están totalmente capturadas o supeditadas a la dominación política: hay un juego estratégico en el Estado, que condensa diversas modalidades de poder. Adoptar una distancia respecto de aquellas lógicas, “insertarse” o no en la estrategia de las clases dominantes, no depende simplemente de la creación de un “segundo poder” situado “en un exterior absoluto con respecto al Estado” (Poulantzas, 2005, p. 319).

Además, Poulantzas (2005), observa que una transición revolucionaria no es un proceso lineal. No basta con la irrupción espontánea de las masas para modificar la materialidad estatal. Su tenacidad es tal que cualquier intento por transformar los aparatos de Estado se encuentra con limitaciones e interrupciones. Por lo que, desde una mirada estratégica, un proceso revolucionario no puede prescindir rápidamente de algunas lógicas dominantes. Poulantzas (2005), hace hincapié en los desafíos que conlleva una transformación radical del Estado. Una modificación de las relaciones de fuerza internas del Estado no se produce simplemente por una serie de reformas sucesivas ni por la mera ocupación de puestos de gobierno. “Significa, claramente, un proceso de rupturas efectivas cuyo punto culminante, y habrá forzosamente uno, reside en el basculamiento de la relación de fuerzas a favor de las masas populares en el terreno estratégico del Estado” (Poulantzas, 2005, p. 317). Estas rupturas en el Estado, especialmente en el campo económico, muestran que la estrategia de transición al socialismo que propugna Poulantzas está lejos del “reformismo” o “gradualismo” que le adjudican quienes definen su posición como “eurocomunista” (Motta, 2021).

El problema es que no todos los aparatos pueden ser modificados al mismo ritmo ni de la misma manera. Poulantzas (2005), pone como ejemplo las rupturas en el aparato económico del

Estado. Las modificaciones en el balance de fuerzas no se traducen automáticamente en ningún aparato, pero mucho menos en éste porque su materialidad está marcada por la continuidad de sus funciones para la reproducción de las relaciones de producción y la acumulación de capital. El autor hace notar que en un proceso de transformación social las intervenciones del Estado en el espacio económico avanzan “por una cuerda floja”. No pueden “transgredir ciertos límites sin correr el riesgo de un hundimiento de la economía” que termine por sabotear la propia transición revolucionaria (Poulantzas, 2005, p. 242). Independientemente de las rupturas que conlleve una impugnación del capital dominante, la transformación económica no implica un paso inmediato al socialismo.

“¿Cómo transformar el aparato económico del Estado a fin de poder realizar una política diferente?”, se pregunta Poulantzas (2005). Para el autor, es evidente que la transformación de estas relaciones económicas no debería apoyarse ni exclusiva ni principalmente en las instituciones del Estado, sino que debería apelar a la iniciativa de las masas populares en sus focos autogestionarios. Sin embargo, resulta también evidente que no es posible “escapar al estatismo sin una transformación radical del propio Estado” (Poulantzas, 2005, p. 240). Dicho de otra manera, si una apertura a formas de la soberanía popular es necesaria para transformar el aparato económico, no basta con flanquearlo “por contra-poderes autogestionarios” que lo dejan intacto en lo esencial (Poulantzas, 2005, p. 241). Más bien, es preciso razonar en términos de una exterioridad inmanente a la materialidad estatal: vale decir, de prácticas que, operando en el conjunto de determinaciones que se condensan en el Estado, logran producir una torsión en sus dispositivos.

Así, Poulantzas (2005), no privilegia a priori ningún tipo de lucha sobre las demás: ni las que se producen al interior de los aparatos del Estado, distribuidos por el entramado social, ni las que se producen a distancia o en focos autogestionarios. Con sus diferentes temporalidades y eficacias en la coyuntura, ambas son necesarias para una transformación radical del Estado. “En una vía democrática al socialismo, estas dos formas de lucha deben ser combinadas” (Poulantzas, 2005, p. 319). Ahora bien, Poulantzas (2005), aclara que no se trata de hacer una “síntesis” entre aquellas dos tradiciones del movimiento popular, la lucha “estatista” y la “autogestionaria”. Por el contrario, se puede decir que esta combinación debe ser entendida como una *Verbindung*, es decir, como una conjunción que “se revela posible sólo après-coup” (Morfino, 2018, p. 330), y cuya continuidad no está garantizada.

Conclusión

En este artículo se argumentó que Poulantzas traduce la lógica de la sobredeterminación, formulada por Althusser en diálogo con el psicoanálisis freudiano, al campo político-estatal para conceptualizar la unidad contradictoria del Estado capitalista. Si bien el término “sobredeterminación” apenas aparece mencionado en la obra de Poulantzas, su definición del Estado como “condensación material de una relación de fuerzas” (Poulantzas, 2005, p. 154) pone de manifiesto la influencia de esta matriz teórica. En otras palabras, la idea de que “el Estado está constituido-dividido de parte a parte por las contradicciones de clase” (Poulantzas, 2005, p. 159) tiene en la

sobredeterminación freudiano-althusseriana su paradigma crítico subyacente. El aporte original del autor a esta problemática consiste en mostrar la complejidad de la dominación política de clase, que nunca aparece de forma “pura”, sino a través de procesos complejos de reproducción y transformación de las relaciones sociales.

A diferencia de los enfoques que conciben al Estado como un instrumento neutral o una estructura monolítica, Poulantzas observa que sus aparatos funcionan como focos de convergencia y lugares de elaboración de las contradicciones sociales. Esto permite advertir que, a pesar de las rigideces e inercias estructurales, existen intersticios donde los mecanismos dominantes pueden ser parcialmente desplazados o subvertidos. Una de las contribuciones más relevantes de esta teoría es la lectura crítica que ofrece del Estado como un campo en el que las relaciones de poder se manifiestan de manera conflictiva y dinámica. La perspectiva poulantziana presenta una dialéctica donde las luchas populares no son solamente cooptadas por el Estado ni se encuentran en una posición de exterioridad, sino que tienen efectos en su campo estratégico.

Finalmente, es importante remarcar que rastrear las huellas de la sobredeterminación en la teoría de Poulantzas, especialmente en sus últimas elaboraciones, no solo reabre la discusión (que a veces se presenta como saldada) sobre su relación con el marxismo althusseriano. También, muestra las modulaciones propias que el autor introduce en el marco de una problemática compartida, entre desacuerdos y tensiones. Si la obra de Poulantzas sigue siendo una referencia imprescindible para quienes buscan entender y transformar las estructuras estatales, leerla junto a (más que en ruptura con) el marxismo althusseriano puede ayudar a avanzar en una comprensión más integral de los procesos sociales.

Por eso, otro de los aspectos que se destacó en este artículo es la “tópica” en que se inserta la lógica de la sobredeterminación, que evita tanto la unificación jerárquica bajo la prioridad de una sola práctica o instancia (la clásica operación economicista), como la dispersión relativista del conjunto. Desde la tópica, es posible advertir que las prácticas sociales no se inscriben en un espacio vacío donde cualquier ensamblaje es posible, sino en un conjunto que se encuentra desnivelado y constreñido por diversas fuerzas. Como enseña Poulantzas, el Estado tiene un papel elemental aquí, no porque sea una instancia que trasciende y regula externamente a las demás, sino en la medida que su materialidad es inmanente a la materialidad del cuerpo social entero.

Referencias

Althusser, L. (1996). *Escritos sobre psicoanálisis: Freud y Lacan*. Siglo XXI.

Althusser, L. (2003). *Marx dentro de sus límites*. Akal.

Althusser, L. (2004a). Sobre el joven Marx (cuestiones de teoría). En L. Althusser, (ed.). *La revolución teórica de Marx* (pp. 39-70). Siglo XXI.

Althusser, L. (2004b). Contradicción y sobredeterminación. En L. Althusser, (ed.). *La revolución teórica de Marx* (pp. 71-106). Siglo XXI.

- Althusser, L. (2004c). Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes). En L. Althusser, (ed.). *La revolución teórica de Marx* (pp. 132-181). Siglo XXI.
- Althusser, L. (2006a). Prefacio: de 'El Capital' a la filosofía de Marx. En L. Althusser y É. Balibar, (eds.). *Para leer El capital* (pp. 18-80). Siglo XXI.
- Althusser, L. (2006b). El objeto de 'El Capital'. En L. Althusser y É. Balibar, (eds.). *Para leer El capital* (pp. 81-216). Siglo XXI.
- Balibar, É. (2007). El estructuralismo: ¿una destitución del sujeto? *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas*, 4, 155-172.
- Cortés, M., y Tzeiman, A. (2017). Discutir el Estado. Dilemas estratégicos a la luz de los procesos políticos latinoamericanos. *Revista Theomai*, 35, 202-219.
- Daín, A. D. (2011). Marx, Althusser y Derrida. La sobredeterminación como suplemento. *Astrolabio. Nueva Época*, 6, 158-185.
- Farrán, R. (2014). *Badiou y Lacan. El anudamiento del sujeto*. Prometeo.
- Freud, S. (1991). *Obras completas IV. La interpretación de los sueños (primera parte) (1900)*. Amorrortu.
- Gorriti, J. (2020). *Nicos Poulantzas. Una teoría materialista del Estado*. Doble Ciencia.
- Gorriti, J. (2024). *Estado, poder y cambio social en Nicos Poulantzas: una problemática materialista* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Córdoba].
- Inda, G. (2021). El diálogo Althusser/Poulantzas sobre Estado y política (1969). *Religación*, 6(27), 133-145. <https://doi.org/10.46652/rgn.v6i27.758>
- Morfinio, V. (2018). Combinación o conjunción: Althusser entre Leibniz y Spinoza. En A.L. Jabase, C. Las Heras Pronello, A. Meriles, y F. Rivera, (comps.). *Spinoza Maledictus. Spinoza 13° Coloquio* (pp. 323-335). Universidad Nacional de Córdoba.
- Motta, L. E. (2021). O Estado, o poder, o socialismo: um livro reformista? *Revista Principios*, 161, 9-40. <https://doi.org/10.4322/principios.2675-6609.2021.161.002>
- Pallotta, J. (2016). Retour sur l'Intervention de Poulantzas au sein de l'Althussérisme: la Tentative de Constitution d'une Théorie Marxiste de l'État dans le Champ de la Science Politique. *Décalages*, 2(2), 1-27.
- Pêcheux, M. (2015). ¡Osar pensar y osar rebelarse! Ideologías, marxismo, lucha de clases. *Décalages*, 1(4), 1-23.
- Poulantzas, N. (1970). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1976). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1980). *Repères: Hier et aujourd'hui. Textes sur l'État*. Maspero.
- Poulantzas, N. (2005). *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI.
- Romé, N. (2014). *La posición materialista. El pensamiento de Louis Althusser entre la práctica teórica y la práctica política*. Editorial de la Universidad de La Plata.

- Romé, N. (2015). Elogio del teoricismo. Práctica teórica e inconsciente filosófico en la problemática althusseriana. *Representaciones. Revista de estudios sobre representaciones en arte, ciencia y filosofía*, 1, 85-113.
- Romé, N. (2020). Althusser con Spinoza. Hacia una ciencia revolucionaria. *Itinerario*, 16(1), 143-175. <https://doi.org/10.30972/nvt.1614349>
- Romero, A., y Sosa, P. (2017). Poulantzas y el Estado: la materialidad estatal en la tensión entre estructuras y prácticas). En E. Biset y R. Farrán (eds.). *Estado. Perspectivas posfundacionales* (pp. 193-218). Prometeo.

Autora

Jacinta Gorriti. Licenciada en Filosofía, doctoranda en Estudios Sociales de América Latina (CEA-FCS-UNC), becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina.

Declaración

Conflicto de interés

No tenemos ningún conflicto de interés que declarar.

Financiamiento

Sin ayuda financiera de partes externas a este artículo.

Nota

El contenido de este artículo integra uno de los capítulos de la tesis de doctorado en curso.